

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

ARCHIVO / ALBERT BERTRAN



►► Un ladrón tira la cartera que acaba de robar en el metro, en el 2011.

Estrategias 2.0 de los ladrones

Un edificio con un andamio. Obras en el Eixample y un hombre, un ladrón 2.0. Él toca un timbre. Viene por unas grietas que hay en el piso, dice. Y las hay. Una mujer abre la puerta y él explica que tiene el permiso de la presidenta de la escalera, y la cita por nombre y apellido. También dice el nombre de la empresa que se encarga de las obras en el edificio. Él saca un móvil y hace las fotos. ¿No tendrá una escalera? La mujer desaparece en busca de la escalera. La necesita porque no alcanza a tomar la imagen de la dichosa grieta del techo. Cuando ella se va, él entra en la habitación del matrimonio. Ella regresa y él ya está ahí. Toma las fotos y se va. Lleva un bulto bajo el brazo. En la escalera se cruza

con el marido de la mujer. Quién sabe por qué, pero quien me lo cuenta me dice que el marido se fija en el bulto. Era un arcón con unas joyas.

La mujer dejó pasar al ladrón. Él le supo decir hasta el nombre de la presidenta

Ciutat Vella. «Es un hombre vestido de negro», grita la chica. Le acaban de robar el ordenador en un bar. En la grabación se ve que la ladrona es una mujer rubia y que es una ladrona torera. «En las imágenes – cuenta el dueño del bar– se ve cómo la chica lleva un abrigo y se no-

ta que sabe que entre ese grupo de chicas hay un ordenador. Se sienta a su lado, pero mientras se va sentando hace una especie de pase a lo torero con el abrigo y ya tiene el bolso. Lo arrastra y, al cabo de un rato, sale con el bolso ajeno como si fuera el suyo. Afuera le espera un cómplice. Cambio de bolsos».

En esa misma cámara, en ese mismo bar, hay otra grabación. En este caso el robo 2.0 es con una mano falsa. Entra otra chica, lleva una mochila por delante –normal con tanto carterista suelto– y el dueño del bar se fija en ella. El ladrón algo tiene que no hace que lo recuerdes.

Brazos cruzados, dice que espera a su marido. En la cámara muda, se ve que uno de los brazos es de plástico. Con el de carne y hueso, ha hurgado en un abrigo y se ha llevado un monedero.

El último robo de esta crónica es en el Guinardó, pero podría escribir de los ladrones que abren las furgonetas de reparto en el Eixample o de los grupos que rodean a los turistas en el Raval o de que en el metro algunas veces escuchas la voz de un operario alertando de la presencia de carteristas ahí, en ese momento. La gente calla, mira alrededor, se busca la cartera, sigue el viaje inmóvil.

En el Guinardó. Acaban de decir en la tele que la factura de la luz bajará. Suena el timbre y una chica enseña la identificación de una compañía. Dice que a quien le abre la puerta que les han cobrado en exceso, que la factura baja (es una ladrona informada), pero que además ha habido un error de facturación en esa casa en concreto.

S. le enseña una factura. Ella ya lo trata por el nombre, lo acaba de leer, y le pide el DNI porque tiene que tomar una foto. El hombre no se fía; hay algo que no está bien. Le dice que no le dará el DNI. La chica refunfuña, él asegura que llamará a la policía y ella se va. El hombre llama a la compañía. «Me dijeron que no habían enviado a nadie», explica. ≡

 cgaya@elperiodico.com